

Pelos de Gato

Arturo Morales Rendón

Image not found.

Capítulo 1

Pelos de gato

Noviembre 11, 1998. Una noche como cualquier otra, para cualquiera menos para mí. Me encuentro de nuevo sentado en la barra del "Pit", el bar del pueblo. La noche ya ha avanzado y toma su curso cotidiano, pero no para mí. Hoy el día había sido corto, pero la noche, la noche será la más larga que he tenido en meses.

11 de noviembre, ¡Putá Madre! No puedo dejar escapar una sola lágrima, no merece la pena. Mis manos ya no hacen caso, las veo temblar cuando toman el vaso de whisky en las rocas, el mismo whisky de todos los días y que hoy no sabía a nada.

El bar sonaba bastante solo, no me he preocupado por comprobarlo, aunque la música se aprecia prácticamente ininterrumpida por risas o murmullos. Pero eso cambió muy pronto.

Escucho a dos mujeres entrar por la puerta, sin descuidar la conversación que llevaban en un volumen bastante alto. Las veo sentarse en la barra también, aunque en la otra esquina de donde yo estaba.

Perfecto. Tener a estas ruidosas a lado era lo único que le faltaba a mi noche. El ruido duró poco ya que, a los minutos de haber llegado, una de las dos se paró del banco de manera brusca y salió del bar zapateando. Y la otra se quedó en la barra, seria, mirando sus manos por lo menos 20 minutos. Era muy bella.

Mi vaso estaba vacío de nuevo y el barman me buscaba con la mirada para que le hiciera la seña de que lo rellenara. Pero no lo hice, levanté dos dedos en lugar de uno y le señalé a la mujer de la barra con la cabeza. Puso dos vasos sobre la mesa, agregó un poco de hielo y el whisky en ambos. Uno me lo deslizó hacia mí y el otro lo llevo hacia ella, devolviendo el gesto con la cabeza para indicar que había sido yo el patrocinador de aquella bebida.

La mujer me devolvió solo una mirada, su expresión no había cambiado. Miró hacia el resto de las mesas en el bar, y las sillas de madera rústica estaban prácticamente vacías, a excepción de Ron y Billy que son aún más frecuentes que yo. Me di cuenta que por primera vez en la noche no estaba pensando en mí, sino que solo podía ver a esta mujer delante con su expresión de tristeza.

Sin decir nada, tomó el vaso de whisky y se levantó de la barra. Caminó hacia mí, despacio y sin hacer contacto visual. Puso el vaso de whisky junto al mío.

- Agradezco el gesto, pero no me gusta el whisky – Dijo ella sin mirarme, sin mucho interés.

- Y, ¿Platicar te gusta?, me haría bien un poco de plática, ¿algo de compañía? – Me aventuré, sin esperar mucho, ya que seguro que mi aspecto de hombre devastado no atraía a nadie.

No dijo nada, pero se sentó en el banco a un lado de mí. Volteó a ver al barman y le indicó con el dedo que le sirviera una cerveza de barril. Yo no sabía qué hacer, mi plan se había quedado corto.

- Martín – le digo, intentando empezar una conversación.

- Ana... Dime, Martín, ¿Qué hace un hombre de tu edad en un bar tomando whisky en martes? – ¡Qué manera de iniciar una conversación!, esta mujer no tiene piedad.

- Es 11 de noviembre...

- Ah, claro. Un día importante, ¿qué celebramos?

- Mi aniversario de bodas...

- ¿Eres casado? Me acabas de invitar una copa, sabiendo que tu esposa te espera en casa para celebrar el aniversario de bodas y tu...

- Mi esposa me dejó hace 6 meses, se llevó a los niños y no he vuelto a saber sobre ellos.

- Ay, Dios mío, discúlpame Martín. Soy una idiota – Dio un gran trago a la cerveza que acababa de descubrir que tenía en frente.

- No te preocupes, en fin... ¿Y tú, porqué te has quedado sola?

- Mi amiga... ah, no sé cómo decirlo. Su novio, el patán de su novio, me intentó besar el fin de semana en una fiesta. Pasé malos ratos tratando de decidir si era una buena idea advertirle a mi amiga y bueno... ya viste lo que pasó.

- Le has dicho y no te creyó.

- Exacto, ahora la mala del cuento soy yo.

- Imbécil el novio, idiota tu amiga que no se da cuenta y tu hiciste lo que había que hacerse.

Es probable que se haya asomado una sonrisa en su cara después de escuchar eso, probablemente yo haya respondido a esa sonrisa igualmente. Pero, después de dos o tres rondas más, definitivamente habíamos dejado los temas tristes atrás.

Ofrecí llevarla a casa, de igual forma tenía que conducir mi coche y quería aprovechar un poco más tiempo con ella. Ana, era bella, pero lo mejor era que ya no me sentía triste. Solo que, al subirse al coche, el ambiente cambió. Las cosas se volvieron un poco más serias, menos risas y más miradas. De pronto su escote era mucho más evidente y sus piernas, ¡vaya, que piernas!

La noto que se arregla el cabello y, mirándose al espejo, se pone pintura labios color vino. ¡Uff, se ve muy bien! Me estaba dando algo de calor, pero no quería bajar la ventanilla para no despeinarla. Después de unos minutos llegamos a su casa, y ella seguía teniendo esa mirada tentadora. Le ayudo a bajar del coche y ella me invita a pasar. Hace tiempo que no estoy con alguien, en realidad empezaba a sudar en palmas de las manos.

Me tomó de la chamarra y me llevó hasta su sofá. Ni si quiera se tomó la molestia de prender las luces. La piel sensible y el aire espeso, había algo en el aire. Y ahora había algo en mi boca, su lengua buscando algún tesoro perdido en mi paladar, sus piernas se enredaban en mi torso y ya el cuello me picaba, ¿Qué clase de sillón peludo es este?

Nada, no pensaba en nada más que en ella, mi cuerpo tenía mucho tiempo sin sentir esto, pero también me sentía incómodo. Una sensación muy extraña dentro de mí, en mi cabeza cosquilleando en mi frente y en mi nariz. Cuando de pronto...

¡¡Achuuuuuú!! – el estornudo del siglo, y bueno después de ese otros 20. Sentía un malestar inexplicable, me era imposible respirar y mi garganta se cerraba, ojos llorosos y la piel sensible. ¡Dios, justo ahora, tenía que ser ahora!, pero ¿qué me pasa?

Ana se aparta un poco asustada y prende la luz de la habitación. Volteo a ver el sillón y no era peludo, era normal, un poco viejo, pero normal. Intentando adaptar la vista a la luz, empiezo a notar algunas cosas. En la esquina, junto a la cocina, una bolsa de comida para gato, del otro lado del salón había un arenero y encima de la chimenea podía ver un par de fotografías de Ana con dos gatos.

Bajo la mirada y observo mis manos.

- ¡Pelos, pelos de gato!, ¡soy alérgico a los gatos! – Por un momento creí que mi cuerpo estaba resistiendo todo y que me volvía loco, pero ¡solo son los estúpidos gatos!

- ¿Alérgico a los gatos?, ¡Vaya, que alivio!

Y bueno, después de risas, charla y un montón de pastillas para las alergias, le dimos la vuelta al 11 de noviembre.